

SEBASTIÁN BASUALDO

El vino en la
poesía clásica y
contemporánea

Página 2



LUCILA CARZOGLIO

Espirituosas
escrituras

Página 3



NICOLÁS MAVRAKIS

La tradición
pedagógica
del alcohol

Página 4

télam

AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 256 | JUEVES 27 DE OCTUBRE DE 2016



Las bebidas alcohólicas
y la literatura tienen
una vieja relación que se remonta
a las más antiguas escrituras.
En busca de demoradas musas,
divertidos personajes
y bebedores compulsivos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

El penúltimo trago

La exposición "Revelaciones sobre papel. 1922-1981" que inauguró ayer en el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires (Mamba) reúne 222 dibujos inéditos de Antonio Berni (1905-1981) que atraviesan toda su carrera, desde paisajes de las afueras de su Rosario natal hasta bocetos para los murales de la capilla de San Luis Gonzaga fechados el mismo año de su muerte. Además

de pintor, grabador y escultor, Berni fue un dibujante compulsivo, y así lo atestiguan los dibujos que hasta el 19 de febrero podrán verse en el edificio de la avenida San Juan 350: variaciones sobre papel en ténpera, acuarela, fibra, birome o tinta, que por un lado develan su trabajo en torno a obras reconocidas y, por el otro, muestran sus obsesiones y una forma de estar en el mundo.



El vino en la poesía clásica y contemporánea



SEBASTIÁN BASUALDO

La presencia ética en la literatura desde Homero a nuestros días. Las copas de Horacio y Neruda chocan en un anacrónico encuentro.

El vino siempre ha tenido un lugar preponderante dentro de la literatura universal, o como afirma Alfredo Fraschini: "comenzando por Homero —el episodio del Cíclope—, pasando por los escritos de Hesíodo —los pasajes dedicados al cultivo de la vid— en los *Trabajos y días*—, o en obras como *Lav bacantes*, de Eurípides, en Virgilio sobre todo en el libro II de las *Georgicas*, incluso en el *Antigo Testamento* (El origen del vino, en el episodio de Noé. Génesis, IX. Los beneficios de la moderación en el consumo del vino. Proverbios, XX, en Eclesiastés X, y tantos otros). Más tarde en la poesía medieval —*Libro de buen amor* o de *Carmina Burana*—, los románticos —Keats, Espronceda, etc.— los modernistas —Baudelaire, Verlaine—, hasta los contemporáneos y, por sobre todo, hasta el poeta chileno Pablo Neruda, el vino ha estado junto a la literatura desde siempre". En palabras del flaco Horacio: "Si se ha de dar crédito, digo Mecenas, al viejo Cratino, ninguno de los poemas escritos por bebedores de agua pueden gustar ni perdurar largo tiempo. Homero nos descubre su afición al vino por los efectos que produce. El mismo padre Ennio, a no ser bebido, nunca se lanza a cantar las armas". Ahora se trata de comentar dos poemas de Pablo Neruda (El Vino y Oda al Vino) desde una perspectiva horaciana, o, si se prefiere, establecer una especie de



*"vino, liso
como una espada de oro
suave
como un desordenado terciopelo
vino encarcado
y suspendido
amoroso
marino
nunca has cabido en una copa,
en un canto, en un hombre
coral, gregario eres,
y cuando menos, mutuo"*

puente tendido para que ambos poetas dialoguen. Ex nihilo nihil fit, sentenció Lucrecio. Y como la palabra original sigue significando ser fiel al origen, quizá por eso, concierne de la importancia que tiene el vino como tópicos dentro de la historia literaria. Pablo Neruda escribió en su Oda: "vino, liso" como una espada de oro / suave como un desordenado terciopelo / vino encarcado / y suspendido / amoroso / marino / nunca has cabido en una copa, / en un canto, en un hombre / coral, gregario eres, / y cuando menos, mutuo". Y Horacio, que le ha dedicado gran parte de su obra a ese "estrellado hijo de la tierra", sabe que el vino puede provocar el alejamiento de las preocupaciones, del dolor, el temor y de todo mal. Conoce sus virtudes y los efectos que se manifiestan en el hombre. Epíst. I.5°. "¿Qué hay que purificar la embriaguez? ¿describo los efectos que produce el vino? ¿cómo se realiza? ¿alivia la carga de los espíritus angustiados? ¿a quién no liberaron de su estrecha pobreza?", o: Epod. IX: "Trae

aquí, muchacho, copas más grandes y vino de Quíos o Lesbos, o escancia un Cécubo para calmar el vacilante mareo, es agradable ahogar en dulce Lico las preocupaciones y temores habidos por los asuntos del Cesar". Asuntos, después de todo, mortales. Y en palabras de Pablo Neruda: "A veces me nutres de recuerdos / mortales, / en tu ola / vamos de tumba en tumba / picapedrero hola-hola / y lloramos / lágrimas transitorias". "El núcleo fundamental de la lírica horaciana —afirma el doctor Fraschini—, es el tiempo, no ocurre lo mismo en la obra de Pablo Neruda, por supuesto, sino embargo, hay ciertos versos que bien podrían dialogar con el poeta latino desde una perspectiva epicúrea: la imagen de la primavera como modelos de vida, su inexcusable destino hacia el invierno. Imagen que está asociada a la conjunción vino y perfume —flores—. ¿Cómo que el vino y el perfume llega la muerte. Neruda dirá: "No contraste en esta casa para que te arrancara / un pedazo de ser. Tal vez cuando te vayas / te lleves algo mío, castañas, rosas o / una seguridad de raíces o / naves / que quisiera compartir contigo, compa-

ñero. / Canta conmigo hasta que las copas / se derramen dejando púrpura despreñada / sobre la mesa". Y en la Oda al Vino: "Pero no sólo amor / beso quemante / lo corazon quemado / eres, vino de vida, sino / amistad de los seres, transparencia / coro de disciplina / abundancia de flores / tu hermoso traje de primavera / es diferente / el corazón sué a las ramas / el viento mueve la daga / nada queda / dentro de tu alma inmóvil. / El vino / mueve la primavera / crece como una planta la alegría / caen muros / peñascos / se cierran los abismos / nace el canto". Y en el final del poema: "Nosotros cantaremos con el vino fragoso / de la tierra: golpearemos las copas del Otoño, / y la guitarra o el silencio íntimamente / líneas de amor, lenguajes de ríos que no existen, / estrofas alodadas que no tienen sentido". Y Horacio, por su parte: Oda. II.3. "Hacer entrar aque vino y perfumar mes rosas, flores demasiado efímeras, mientras que tu situación y tu edad y el hilo finísimo de las tres Parcas lo permiten" O bien:

Oda. II, II. "¿Por qué, mientras es posible, no bebemos tranquilamente echados a la sombra de este alto plátano o de este pino, perfumado con rosas nuestros canos cabellos...". También: Oda. III, I. "Y si ni la piedra de Frigia ni el uso de las púrpuras, más brillantes que las estrellas, ni las vidias Falernas ni el costoso Acamenio consteñan al que sufre...". Epod. XII "Una vez allí, desecha todos tus males con vino y con cantos, dulce consuelo de la fua melancolía". Finalmente: Sat. I.1 "¿No sabes para qué sirve el dinero? ¿Qué utilidad puede tener? De comprar pan, legumbres, un sextario de vino, y añadirle todo aquello que la naturaleza humana reclama si no tiene". El gran poeta chileno, cantará: "Que lo bebam / que recuerden en cada / gota de oro / o copa de topacio / o cuchara de púrpura / que trabajó el otoño / hasta llenar de vino las vasijas / y aprenda el hombre oscuro / en el ceremonial de su negocio / a recordar la tierra y sus deberes / a propagar el cántico del fruto. En la Oda al Vino, Neruda evoca la figura de una mujer, la celebra sobre lo más intimo de su cosmología: "(...) Amor mío, de pronto / tu cadera / es la curva colmada / de la copa / tu pecho es el racimo / la luz del alcohol tu cabellera / las uvas tus pezones / tu ombligo solo puro / estampado en tu vientre de vasija, / y tu amor la cascada / de vino inextinguible / la claridad que cae en mis sentidos / el esplendor terrestre de la vida...". Establecer conexiones, imaginar un encuentro no menos ficticio que anacrónico —como alguna vez imaginó Borges—, mientras los poetas bebían en fríjoles copas un Malbec de Valle de la Puerta es lo que le da sentido a la palabra literaria: su tradición. Carpe diem, diría Horacio levantando la mirada y, del otro lado de la mesa, el Barbo sonriendo, embriagado de eternidad, responde: "Dame la mano, mi querida, no te desmayes, no busques nada en mis palabras sino la emanación de una planta desnuda. ¿Por qué me pides más que a un obrero? Ya sabes que a golpes fui forjando mi enterada herrería, y que no quiero hablar sino como es mi lengua".

La exposición "Universo Borgeano", que recuerda los 30 años del fallecimiento del célebre escritor argentino, se presentará en Buenos Aires desde mañana y hasta el 10 de noviembre, en la sede central del Banco Ciudad, y en Nueva York del 15 de diciembre de 2016 al 15 de enero de 2017, en el Instituto Cervantes. La exposición contará con pinturas de Gabriela Aberastury, obra gráfica y collage

de Gabriel Barna, muñecos de Norma Bessouet, Mariano Cornejo exhibirá esculturas en madera e intervención del espacio y Sara Facio fotografía. El evento será declarado de "Interés Cultural" por el Ministerio de Cultura de la Nación. El proyecto surgió cuando en el año 2013 Aberastury y Barna fueron interrogados sobre la influencia de Borges sobre las artes visuales en la Argentina.



Espirituosas escrituras



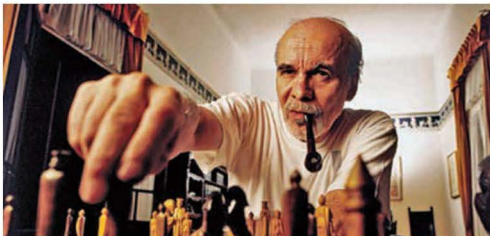
→ LUCÍA CARZOGGIO

Las bebidas alcohólicas fueron fuente de inspiración en las obras canónicas de la literatura nacional y rasgos distintivos de muchos personajes.

En busca de alguna musa, el alcohol ha sido atajo de muchos escritores. Con la certeza de que potencia la creatividad y desinhibe los sentidos, la inspiración parece haberse servido en copa, vaso largo o chupito... aunque alguna vez solo ha llegado desde el mismísimo pico. En el ámbito nacional, las bebidas espirituosas han tenido un rol primordial, al punto que ya Martín Fierro apuraba el trago antes del canto y guitarrero.

Si la ebriedad produce literatura o esa la inversa, resalta una cuestión indisoluble. Lo cierto es que esta afinidad ha derivado en un vínculo embriagantemente locuz y sostenido. "El primer vaso recae al último, el último es el que importa. Significa que ese día ya no aguanta más bebida. Es el que le permitirá empezar de nuevo al día siguiente", dice el filósofo Gilles Deleuze en el documental *Aberastury*, cuando le toca hablar de la bebida. Cuando el borracho se sobrepasa, se desploma, por lo que, paradójicamente, necesita detenerse en el trago final (siempre realidad en realidad) para mantenerse en realidad y así el tiempo devenga eternidad.

Esta lógica de consumo, con su misma contradicción, también será la que marque el ritmo a la escritura. En *El que tiene sed*, Esteban Espósito, como alter ego de su autor, Abelardo Castillo, es un



ABELARDO CASTILLO. EN EL QUE TIENE SED, ESTEBAN DEJA EL ENVASE VACÍO Y HABLA. NO DE SU ENFERMEDAD SINO DESEO SU ADICCIÓN.

escritor que acaba arruinándose por el whisky y la ginébra. Ante el *borrar vacu* (ese miedo a lo incompleto, a lo desértico, a lo carente; esto es, a la vida), el protagonista se re-llena de alcohol. Al hacerlo, se emborracha y lo que sobreviene es la novela, puesto que Esteban deja el envase vacío y habla, no de su enfermedad sino desde su adicción.

El relato, con una ambivalencia entre la primera y la tercera persona, adquiere la fragmentariedad, desmemoria y delirio de toda curda, pero sobre todo se atiborra de palabras. El alcohol, así, siguiendo *Lógica de sentido* de Deleuze, lo ocupa todo en tanto es el objeto de deseo, la pérdida del objeto y la ley según la cual opera la pérdida. "Siempre puede ocurrir algo peor. Vale la pena vivir solo por eso. Para ver dónde está el límite de la degradación, la infelicidad y el sufrimiento", le dice un borracho a Espósito, mientras sentipán juntos.

El alcohol, como dice el *manly* tomar es escribir. A medida que el cuerpo se degrada y la mente se deteriora, la narración abusiva de la graduación y pierde su

medida, invadiendo la página sin dejar hueco ni espacio libre. La soledad del discurrir torna verborrea ilimitada y se desdibuja en el lirismo. El resultado del exceso es la pérdida de la memoria, del sentido y de la noción témporo-espacial, algo que padece el protagonista y, por ende, el lector.

Y sí, es que esto ya lo decía Charles Baudelaire en su obra *Pequeños poemas en prosa*: "Para no sentir el horrible fardo del Tiempo, que destroza nuestras espaldas y nos inclina hacia el suelo, es preciso emborracharse sin tregua... ¿y de qué? De vino, de poesía o de virtud, a vuestro antojo, pero emborrachaos". Sin embargo, lo que no aclaraba era la condición en la que quedaba después de tanto copeteo atemporal.

Al respecto, otro tomador serial, Francis Scott Fitzgerald, advertía en *El Gato de la Noche*: "... toda la vida es un proceso de demolición, pero los golpes que llevan a cabo la parte dramática de la tarea (...). El momento que precede al desmoronamiento inmediato. Hay otro tipo de golpes que vienen de dentro, que uno no nota (...) hasta que se da cuenta de modo definitivo que en cierto sentido ya no volverá a ser un hombre tan sano".

La escritura apela al alcohol

para suceder, pese a que también puede ayudar a dar cuenta de las marcas y ser símbolo de sobrevivencia o sosten del pulso vital. Los textos sobre la desintoxicación son varios y, a diferencia del de Castillo, suelen utilizar formatos y lenguajes más sobrios. "¿Y si escribir no fuera lo que me sostiene, sino el verdegado líquido que difiere el momento de tocar el punto mortal, prolongando la agonía que es visualizada como "salud" puesto que aún escribo?", transcribe de uno de sus diarios diplomáticos María Moreno en "La pasarela de la noche".

En esta crónica autobiográfica, publicada en *Tuoría de la noche*, la periodista revela sus estadías en el Alea Bar y habla de su abstinencia. Como en todo exilio, hay algo sacrificial en ello y el cuerpo queda al servicio de la letra. Según cuenta, no abandonó sola la bebida, pero para continuar limpia tiene que mantener todo esto en secreto. En su lugar, a modo de *obscuro* se hilvana, desmenuza los vestigios y transformaciones de la carne hasta dar con una clave del proceso: en el final deja saber que en su recuperación se en-

tregó a una voluntad superior y que, en su caso, esta se trataba de otros con los que compartía el alejamiento del dios de la cebada.

La soledad del alcoholismo, en este sentido, es exorcizada en los grupos de ayuda y también redimida en la escritura, dado que esta siempre implica a un otro, real o imaginario. Escribir, además, como dice Pablo Ramos en *Hasta que pueda querermelo*, es vivir que pueda querermelo, es vivir que pueda querermelo, es vivir que pueda querermelo, es vivir que pueda querermelo.

En cada relato, los borrachos, incluido el autor, dejan de ser moldes para tener un nombre y una personalidad, una historia con su vacío y cruz. La voz de estas personas traduce impotencia y una esperanza que da sed. No obstante, como en una misa de apóstoles, la religiosidad y la confesión no dejan de acontecer, sino que el relato mismo termina nada que ver. En un giro sacro y pagano, Ramos convierte su vida y la de su entorno en materia narrativa, haciendo de la palabra un acto en el que crecer. La literatura, entonces, para el alcoholico trasmuta esta vez en salvación y fe.

OTROS
UNIVERSOS

En el libro *Mi mundo* Angélica Pinochet y María José Olavería ejercitan la imaginación y ponen en palabras e ilustraciones lo que probablemente diría un niño a quien se le pidiera expresarse. *Mi mundo* narra los esfuerzos de un mundo para acceder al otro, describen voluntades que no conocen las reglas del juego que juega el otro. El rol

mediador de las mamás, el choque entre una contemporaneidad que tolera mal el silencio, que no es paciente para decodificarlo, y una individualidad que lo requiere para tender su puente entre totalidades. El libro da cuenta de algo desconocido pero que no es un vacío, al contrario, este niño que parece flotar aún en su líquido amniótico,

lleva dentro un cosmos pleno de afecto y significaciones. La gente de Gerbera Ediciones ha dado un paso más allá en la inclusión que propone con el libro: ha desarrollado la publicación completamente en tipografía OpenDyslexic, especialmente diseñada para que puedan leerla personas con dislexia.



CONTRATAPA

→ NICOLÁS MAIRANIS

La tradición pedagógica del alcohol

La elegancia y sofisticación en los hábitos de escritores a la hora de tomar alcohol demuestra cómo su uso pedagógico sigue vigente.

Entre el alcohol y la literatura pasa lo mismo que entre el sexo y la literatura: ¿cómo puede resultar interesante la representación de un evento que radica en la experiencia? Por eso conviene recordar por qué muchos escritores señalan que un personaje que fuma «otro de esos placeres simples y ordinarios» no es solo un personaje que deambula aburrido, sino también un personaje muy capaz de aburrir. Antes que sobre el alcohol, respecto al sexo, al menos, el novelista inglés Martin Amis dejó bien delimitado cuál es el cuadro general del problema: al momento de escribir siempre hay un riesgo de caer en la cursilería o de caer en la pornografía, y por eso sobre lo uno y lo otro merecen suspiros y jadeos propios del hombre de Cromañón («ohhh, ohhh!»; «¡¡! ¡Ah! ¡Ah!»). En la opinión de Amis, «la prosa erótica tiende a ser pánicamente general o tan especializada que no hay quien la soporte», y es ese un esquema que, en clave ética, no cuesta verificar en ciertos pasajes de Charles Bukowski ni en ciertas páginas de Malcolm Lowry. Claro que el autor de *Bajo el volcán*, que es uno de los pocos alcohólicos famosos de las letras universales «y uno de los muchos capaces de usar sus momentos de sobriedad para escribir sus crónicas», llegó a sintetizar ambos vectores en las mismas líneas, como en esta carta rescatada por su biógrafo Gordon Bowker: «Charlotte me ha ofrecido su cuerpo. Bebí mucho whisky y estuve a punto de vomitar en su bo-



HITCHENS: «ES MUCHO PEOR VER A UNA MUJER BORRACHA QUE A UN HOMBRE (...). NUNCA SEAS RESPONSABLE DE ELLO».

ca cuando la besaba. Dice que está enamorada de mí».

Por supuesto, la previsibilidad itinerante del asunto no es suficiente para desmantelarlo por completo, y por eso la escritora insiste en darle al valor estético. Es en las Escrituras mismas, de hecho, donde la multiplicación del vino —además de los panes y los peces— se sigue prestando no solo a la fascinación de los creyentes sino también a la explicación de los eruditos. Uno de los más interesados en esa cuestión es el director de cine Paul Verhoeven, autor también de una reciente biografía de Jesús de Nazaret —que escribió en base a los estudios religiosos de toda una vida y con la perspectiva futura de una película— donde delimita el problema del vino más allá del templo de Belcebú. Como Paul Verhoeven le interesa todavía

más la manera en que, como una «caricatura política», la parábola de los trabajadores en la viña (Mateo 20:1-16), aquella famosa historia de Jesús sobre el dueño de un viñedo que promete pagar «lo que es justo» y reparte entonces la misma cantidad de denarios a quienes trabajaron recolectando uvas durante doce horas que a quienes trabajaron durante solo una, «desafaba el pensamiento religioso de la época» a los fines de «perturbar el pensamiento cotidiano». Si de lo que se trata es de capturar la atención inmediata de los oyentes, Verhoeven no duda en señalar que el alcohol funciona sobre casi cualquier audiencia, incluso la que ansaba un Jesús que imagina revolucionario y en ámbitos muy distintos a los rituales escarnios de decadencia. Como el mismo Paul Verhoeven ilustra los poetas de la Grecia y la Roma clásica.

Pero la tradición del alcohol como objeto dado a los usos pedagógicos de quienes elaboran historias antes que al mero pasatismo sigue en pie. De ahí que sea in-

teresante notar cómo el consumo y la industrialización de los hábitos de placer se esfuerzan, desde hace años, en *teñir* con la mayor elegancia y sofisticación posibles. Para Kingsley Amis —novelista, cuentista, bebedor indiscutido y padre de Martin—, no hay punto más delicado de ese trance que el fervor nobil por la enología y por la voluntad de convertirse en (actualmente) *especialista* a la hora de tomar. Al asunto le dedicó novelas enteras, pero es en algunos cuentos donde atraviesa con la fuerza de la sátira lo que no cuesta verificar en cualquier restaurante como un *aviso* en el que se juega la autoestima completa de muchos. En tal caso, «llegará el momento en que entre tantos vinos, *apértivo*, cócteles y tragos en juego el hecho de pedir una cerveza o un *whisky* tal vez sea la cuestión condenable: «Sobrio», dice

uno de los personajes de Kingsley después de probar un Chateau La Bouygue en un establecimiento donde ya nadie se atreve ni siquiera a acompañar su copa con nada porque, como dice uno de los presentes, «somos enérgicos, para que lo sepa, no una manada de cerdos». Pero, ¿basta la palabra «sobrio» para calificar un vino? «Vamos, vamos, queremos más que eso: puedes hacerlo mucho mejor», le reclaman quienes lo oyen. Y lo que exigen entonces es el mismo registro que hoy funciona como estándar del ridículo en cualquier etiqueta de vino de supermercado: «Una pizca de simbolismo, de estilo, una referencia al arte... ese tipo de cosas».

Con más persistencia, Michel Houellebecq también señala hoy que cuando se trata de abordar la famosa gastronomía francesa —con sus vinos y sus quesos como principales factores turísticos—, de lo que *realmente* se trata es del cómo el acto de tomar y el acto de comer llegaron a convertirse en una de las industrias más exitosas del mercado porque tratan con el tipo de placeres capaces de sustituir, en el corto plazo, el grave déficit de otros deseos más carnavales (aunque sobre las fronteras entre la bebida y el sexo es Christopher Hitchens quien añade un buen consejo en su autobiografía *Hitch-22*: «Es mucho peor ver a una mujer borracha que a un hombre: no sé por qué es cierto, pero lo es. Nunca seas responsable de ello»). Nada de lo otro impide que en *El mapa y el territorio* el propio Houellebecq pueda «interpretar un poco su papel» e inventar algunas páginas en el interés por el vino —incluso por el chileno y el argentino— y por cómo, por ejemplo, a los mozos desprevenidos les resulta imposible «servir el vino blanco en su temperatura ideal». Como se ve, no sería un verdadero problema si «los periodistas que me han adjudicado la fama de borracho», escribe Houellebecq, no se hubieran dado cuenta de que «si bebía mucho en su presencia era solamente para poder aguantarlos».